EL SENTIMIENTO RELIGIOSO ACTUAL

Alberto Cardín *

Intimamente ligada a la idea de modernidad, tal como originalmente la concibieron los ilustrados, la crítica de la religión parece haber perdido hoy toda relevancia cultural, frente a una religiosidad en creciente expansión, que obliga a interrogarse sobre el fracaso de la ideología de las Luces y sus proyectos de reforma laica de la humanidad.

La imagen del filósofo ateo y anticlerical, el "librepensador" que a tantos personajes de la novela europea del XIX dió vida, ha quedado definitivamente anticuada. Sería difícil encontrar hoy un pensador dispuesto a calificar a la religión de "suspiro de la criatura agobiada", "opio del pueblo" o "anemia de la voluntad", según las conocidas expresiones de Marx y Nietzche. Las más antirreligiosas organizaciones de hace ahora dos décadas, los partidos comunistas, consideran hoy a la religión en ciertos países como una "fuerza progresiva" de primer orden. Y los intelectuales agnósticos de hoy día observan con una indulgencia no exenta de añoranza la religiosidad difusa que impregna la cultura actual, por más que aún se alarmen ante el rearme ideológico de los grupos religiosos más fanatizados.

Los orígenes de este positivo aprecio de lo religioso en el actual contexto cultural pueden rastrearse hasta los comienzos mismos de la Revolución Rusa, en bolcheviques tan caracterizados como Lunacharski, con su revalorización del socialismo tolstoyano y su intento de construcción de un "dios proletario". Por más que, tras la episódica alianza de Lenin con el pope Gapón, en 1905, y la breve escaramuza de la "Iglesi rediviva", con cuya ayuda pudo conseguirse en 1925 la domesticación del Patriarcado de Moscú, las relaciones entre bolchevismo y religión no pasaron de una tensa y azarosa convivencia.

---

* De próxima aparición en el Suplemento 1986 de la Enciclopedia Universitas de Salvat.

No sería hasta después del Vaticano II, cuando los tímidos intentos de diálogo y cooperación cristiano-marxistas de principios de los sesenta darían su fruto en un oficioso reconocimiento mutuo, del que se seguiría una curiosa interfecundación, cuyos resultados últimos pueden verse en el polémico conglomerado de la "teología de la liberación".

La síntesis de doctrina social de la Iglesia, marxismo y milenarismo que subyace a la "Teología de la liberación" (TL en adelante), la convierte en todo un símbolo de la contemporánea ambigüedad frente a lo sacro y el mimetismo ideológico que preside nuestra década. Las sectas orientalizantes marcaron para Occidente el resurgir del interés religioso durante la década pasada, al tiempo que, con su ensimismamiento grupuscular, daban la puntilla al gozoso experimentalismo vital de finales de los sesenta. Pero, si los coqueteos de los diversos líderes musicales con unos u otros gurus, o las conversiones de grupos enteros a determinadas sectas dieron tono a la segunda mitad de los setenta, éso no pasó de ser una especie de trascendental puesta en escena de los estertores de la Cultura Pop.

Cuando, en cambio, los periódicos se ocupan hoy de la "persecución inquisitorial "de Leonardo Boff, de la resurrección del demonio y los ángeles custodios por parte del cardenal Ratzinger, del neomoralismo de Reagan, o de la explosión del integrismo islámico, lo que están haciendo sin saberlo es certificar el desfondamiento de la cultura laica europea. Desfondamiento en el que la TC hace el papel de síntoma, más que de catalizador, por su intextrincable unión de lo social, lo político y lo religioso en una misma lucha liberadora, frente a la tradicional separación de lo político y lo religioso que propugnaba el pensamiento laico burgués, o la erradicación de lo religioso como alienante propugnaba por el socialismo.

No deja de ser significativo que fueran teólogos iberoamericanos los primeros en emplear el término "posmodernidad" pa

ra calificar nuestra actual coyuntura histórica, arrancándolo de la reflexión estética de donde había surgido en Estados Unidos, y ligándolo a la filosofía del último Heidegger, antes de que a los europeos hubieran podido darles tiempo de frivolizar la noción bajo las consignas de la trasvanguardia, el neofiguravismo, la neonarratividad, y el relativismo axiológico del "todo vale".

La "Postmodernidad" venía a significar así, para la TL, un "giro de época" (el Kehre heideggeriano) favorable a la trascendencia, propiciado por el deshaucio de la idea burguesa de progreso, por las desilusiones del desarrollismo, y por la postración moral y económica de un Tercer Mundo que crece exponencialmente, sin avistar soluciones a sus múltiples problemas, y un Primer Mundo que empieza a vivir a la defensiva, cercado como está, incluso desde dentro, por el masivo ámbito del subdesarrollo.

El que este contexto se enuncie -en un lenguaje teológico que apenas disimula su enorme carga sociológica- desde una perspectiva iberoamericana, realza el valor ejemplar de la TL, por ser el área ibérica del Continente Americano el terreno donde la reforma burguesa apenas pudo arraigar tras casi dos siglos de intentonas, y donde el socialismo sólo ha conseguido imponerse mediante la mística de la guerrilla y la dictadura, convirtiéndose sus respectivas ideologías, el positivismo y el marxismo, en otras tantas utopías intelectuales, y el ideal de modernización que ambas prometían en un mito para literatos y próceres ilustrados.

Es ésto algo que en gran medida comparte hoy Iberoamérica con el resto del Tercer Mundo, pero con la diferencia de que en Asia y en Africa las alternativas capitalistas o socialistas al problema de su subdesarrollo apenas cuentan más de medio siglo, mientras que la historia América Latina durante los dos últimos siglos ha sido casi sincronizada con los movimientos reformadores y las convulsiones revolucionarias de Europa,

por más que su papel económica y culturalmente dependiente hiciera que las repercusiones de tales movimientos en ella fueran puramente epifenoménicos, mientras las potencias de Europa y los USA ensayaban en ella el tipo de intervenciones neocoloniales que en el resto del Tercer Mundo sólo se harían habituales a partir de los años cincuenta.

En este sentido Iberoamérica aparece como el laboratorio donde durante un período largo de tiempo y sobre un subsuelo social en apariencia maleable (parecía carecer de las arraigadas tradiciones culturales asiáticas, y había sido destribalizado como Africa aún no ha conseguido serlo), y familiarizado con los modos europeos (después de varios siglos de colonización española y portuguesa), han podido verificarse la limitada irradiación social de la reforma intelectual burguesa, y la movilización de carácter criptorreligioso que, en contra de sus propios presupuestos explícitos, acaba propiciado el marxismo popularizado.

La gran sabiduría de la TL -sabiduría que sólo podía surgir del esclecticismo religioso católico, nunca del rigorismo protestante- ha consistido en saber ver el trasfondo religioso de las luchas de liberación en el Tercer Mundo, revistiendo de escatología cristiana el milenarismo propio de las revueltas campesinas, y rescatando para la liturgia formas de culto popular hasta ahora sólo toleradas, cuando no tajantemente rechazadas, por la Iglesia jerárquica.

En esto último, la TL parece atenerse a la tendencia católica de la última década a la "incluturación de la fé", que propiciando "experimentos" como la Misa Zaireña, ha desatado desde liturgias exóticas de todo tipo hasta conglomerados tan difícilmente sancionables por el Vaticano como la llamada "Teología Africana", con sus propuestas de aceptación de la poligamia, el matrimonio a prueba, el culto a los antepasados, y hasta el curanderismo practicado por eclesiásticos de alto rango como Mons. Milingo, arzobispo de Lusaka. Sin embargo, la

TL va más allá, al concebir el catolicismo como un vasto sincretismo, en el que una eclesiogénesis permanente, surgida de las "comunidades de base" -que lo son tanto de vida y de lucha, cuanto de oración y fé- mantiene en constante jaque a una iglesia jerárquica, cuya función resulta en el fondo puramente residual, y se acepta en no pocos casos como pura cobertura formal.

Semejante modo de concebir a la Iglesia como disuelta en el Mundo, o formando un simple punto de convergencia de las diversas comunidades que luchan por trasformar el mundo- la "Iglesia de los pobres" tan criticada en la Instrucción Vaticana sobre la TL-, y consiguientemente, su evidente pretensión de revocar la separación entre lo político y lo religioso, tan difícilmente asimilada por el catolicismo a lo largo de todo el pasado siglo, despiertan no pocas semejanzas entre la TL y los dos grandes movimientos político-religiosos de masas que han alcanzado mundial notoriedad casi al mismo tiempo que ella: el integrismo musulmán y el fundamentalismo protestante americano.

El parecido resulta difícil de reconocer debido al carácter fanático de dichos movimientos, frente a una TL que se presenta como crítica y dialogante, y hasta perseguida por una iglesia jerárquica cada vez más inquisitorial. Y, sin embargo, el reforzamiento de la disciplina eclesiástica que ha venido experimentando la Iglesia Católica bajo el papado de Juan Pablo II, junto con la vuelta a nociones teológicas aparentemente periclitadas (ángeles, infierno, castidad conyugal, etc.), y el intervencionismo doctrinal en la vida cotidiana del pasado, no sólo no asimilan al catolicismo oficial con el fundamentalismo y el neoconservadurismo americanos, aunque pueda haber intereses doctrinales comunes (lucha contra el aborto, defensa de la familia, rechazo de las "perversiones sexuales", etc.), sino que se efectúan básicamente dentro del marco formal que la religión tiene asignada en el ámbito de las sociedades laicas de Occidente (la Iglesia carece de la complicidad del poder civil para perseguir a sus disidentes, y no obliga a permanecer en

su seno a quienes no quieran someterse a su jurisdicción doctrinal), mientras la TL desborda programáticamente los límites entre fé privada y convivencia política establecidos por el Estado burgués de derecho, para ofrecer como alternativa la utopía de una sociedad solidaria y justa que vendría a ser la realización del Reino de Dios en la tierra.

Semejante utopía supone en realidad la vuelta a un ideal cristiano precatólico, que encontró históricamente su mejor plasmación político-doctrinal, no en el agustinismo político como suele creerse, sino en el Islám.

La religión islámica, que comparte con la forma arriana del cristianismo (como ya en el s. VIII afirmó Juan Damasceno) la intransigente afirmación de la unicidad de Dios (los cristianos trinitarios son tachados de "asociadores" o "politeístas") ha vivido desde sus orígenes bajo la fascinación de una utopía nunca realizada, aunque suele afirmarse que tuvo su plasmación en la primitiva comunidad mediní, y bajo los primeros califas. Dicha utopía consiste, a saber, en la construcción de una comunidad única de fieles, fundidos en la creencia en un solo Dios, y que tuviera por cabeza, no a un rey o un sacerdote, sino a un Profeta por cuya boca hablara dicho Dios, o en su defecto, un vicario del Profeta (éso quiere decir la palabra "califa"), que administrara la palabra de aquél contenida en el Libro Supremo, el Corán.

Pero, ni la comunidad, ni el vicario, ni el Libro pudieron conservar su unidad, desde casi la muerte misma de Mahoma: la regla sucesoria quedó sin definir, dando lugar a continuos enfrentamientos, que culminaron, tras la muerte de Alí, el cuarto califa, con el gran cisma chií, comienzo de una interminable serie de facciones. Sobre estas facciones vinieron a elevarse sucesivos califas y contracalifas, y posteriormente, todo tipo de poderes fácticos (que es lo que quiere decir el término "sultán", ya que la palabra malik -"rey"- era considerada hasta hace poco blasfema). En cuanto al Libro, su composi-

ción caótica y su imprevisión de los inmediatos desarrollos de la comunidad islámica, impedían extraer de él todas las posibilidades normativas que exigía la organización de una masa de fieles cada vez más amplia y urbanizada: el Ishtijad, o interpretación, vino a resolver el problema, mediante el recurso al razonamiento analógico (quiyas) y el consenso implícito de los fieles (ishma), aplicados tanto al texto como a la tradición (sunna) y los dichos del Profeta (hadiz). De todo lo cual surgió la Sharia o Ley Islámica, que sin embargo, ya solo dentro de la facción mayoritaria, la sunní, depende de cuatro escuelas o "ritos".

Lo curioso es que, a pesar de tantas facciones e interpretaciones, los fieles musulmanes siguen considerándose miembros de una misma comunidad (Umma) y habitantes de un mismo territorio uniforme (Dar-al-Islám), lo que explica el extraño espectáculo de un integrismo islámico, formado por grupos y corrientes múltiples y enfrentados, que tienen por meta común dar contenido real al sentimiento de comunidad y a la unidad de la "Casa del Islám", frente a su opuesto, Dar-al-harb, la tierra de los infieles.

El jomeinismo es, de todas estas corrientes, la más ruidosa y potente, por disponer entre otras cosas de un Estado que lo sustenta. Pero el particularismo persa (la identificación oficial entre el chiísmo y Persia, que ha convertido a los ayami, los iranios, en los rafaz -"herejes"- por antonomasia) vuelve desconfiados a los restantes países islámicos frente a la revolución jomeinita. Junto a ella, y a veces confundiéndose, aparece el movimiento de los "hermanos musulmanes" (ijwan al muslimim), de origen egipcio, pero con gran fuerza hoy entre los universitarios de casi todos los países islámicos. La influencia de Gadaffi -cuyo Libro Verde compite hoy doctrinalmente con los principios de Jomeini, en los ambientes integristas musulmanes- se entremezcla manipulatoriamente con los dos movimientos anteriores fuera de Libia, y aparece sólidamente amalgamado con ellos desde el exterior, aunque los conflictos entre

facciones se evidencian ampliamente en los terrenos de confrontación político-militar directa, como es hoy el Líbano.

Mucho más difuso resulta el integrismo ligado con el resurgir islámico en la Unión Soviética -no jomeinizado por ahora, a pesar de la proximidad geopolítica, gracias a la vigilancia soviética-, así como el que subyace a la rebelión afgana y a la guerrilla "mora" de Filipinas. Todos por igual coinciden en un mismo ideal: la recuperación de la dignidad cultural islámica frente a la infiltración de Occidente, y la recreación, en último término, de la mítica "utopía califal" de una comunidad única e igualitaria. Mito que hoy por hoy sirve para sustentar tanto la dictadura revolucionaria del Irán jomeinita o de la Líbia de Gadaffi, cuanto dictaduras personalistas y proccidentales, como la de Zía Ul-Haqq en Pakistán, o la del derrocado Gaafar el Numeiri en Sudán, que piensan aplacar el descontento popular decretando la Sharía como ley fundamental del Estado.

Parecidos móviles, sólo que no frente a un enemigo exterior, sino frente al inmoralismo y el relativismo que minan a Occidente, dirigen la acción del fundamentalismo protestante americano. Nos encontramos aquí con un conglomerado de sectas, de las tradicionalmente agrupadas bajo la etiqueta del Baptismo o el Revivalismo, sin estructura eclesial ni doctrinal apenas, salvo el reconocimiento de la interpretación literal de la Biblia y la aceptación del liderazgo carismático de los predicadores (evangelists) que dan vida a la palabra de Dios mediante una oratoria fuertemente sentimental y taumatúgica, cuyos resortes un antiguo y jovencísimo predicador, Marjoe Gortner, desveló en 1972 en un docudarama autobiográfico, Marjoe.

Estos predicadores, que antes iban de pueblo en pueblo del llamado Bible Belt (los estados del Sur y el Medio Oeste americanos) montando su carpa circense, actúan hoy por una serie de canales televisivos, federado en la N.R.B. (National Religious Broadcasters), que constituyen la cuarta red televisa americana, por nivel de audiencia, tras la NBC, la ABC y la

CBS. Su mensaje, profundamente conservador en lo político y en lo moral, se ha visto reforzado en los últimos años merced al rearme moral y patriótico propiciado por Reagan,quien no ha dejado de apoyar al sector que ayudó a elevarlo al poder, asistiendo a encuentros de oración baptistas o evangélicos, mediante la Equal Access Bill, que permite la implantación de la oración en las escuelas, propugnando la revocación de la ley del aborto, y últimamente nombrando a una serie de juristas conservadores para la Presidencia de la Corte Suprema, destinados evidentemente a frenar el estilo de interpretación progresista de la Constitución propugnado durante las seis últimas presidencias.

El integrismo protestante americano, cuya raigambre judáica ya señaló Sombart en su día, considera a EE.UU. la nación elegida de Dios, y atribuye la derrota moral americana de la pasada década a su infidelidad para con Dios, requiriendo una reforma moral que devuelva a la gente la confianza y a la nación el papel preeminente que le corresponde.

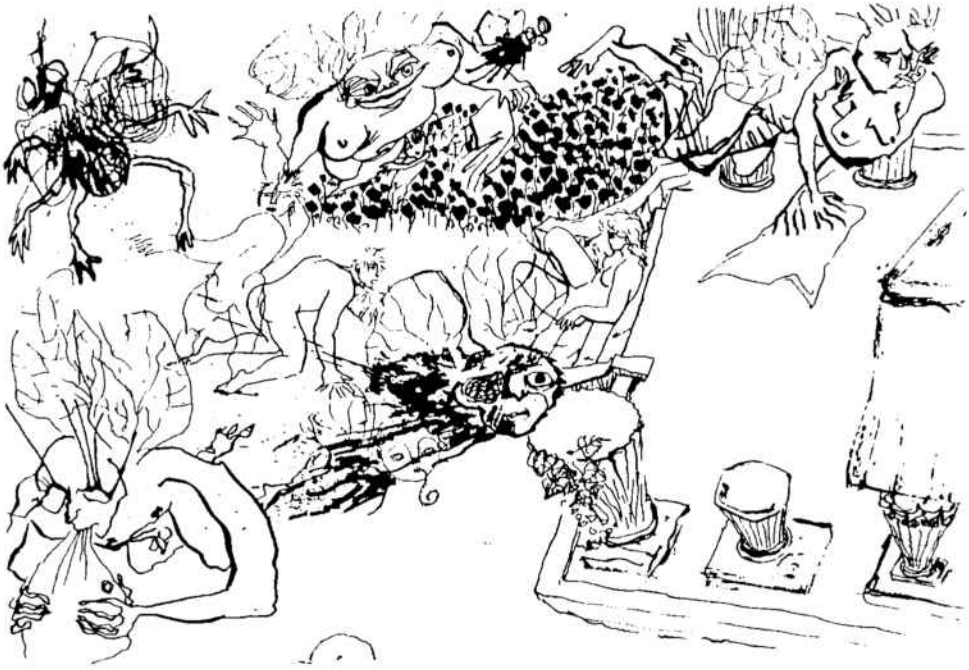
En lo político y en lo militar, dicha reforma ya ha sido iniciada por Reagan, con su cruzada mundial anticomunista y sus reformas legislativas y judiciales internas. En lo cívico-religioso, un amplio frente compuesto por la Moral Majority del Rev. Falwell, las múltiples ramificaciones del "Creacionismo científico" (que ha logrado reintroducir la enseñanza de la religión en las escuelas), la NRB con sus múltiples iglesias locales asociadas, y toda una serie de movimientos en favor de la integridad anglosajona y protestante del país,están logrando convertir a la Derecha Cristiana, como el sociólogo J. Hadden decía recientemente en "el principal movimiento social americano de finales de este siglo", con una masa de seguidores de casi cincuenta millones de almas.

Ante este triple frente revivalista, que obliga a los poderes ateos y religiosos tradicionales a reformularse en términos comprensivos, o a adoptar algunas de sus propuestas, las

corrientes místicas y orientalizantes que dieron color a la pasada década, y las corrientes mágicas, curanderistas y parapsicológicas, que en la forma concreta de grupúsculos, o por vía del contagio personal o de los media, van haciéndose cada vez más comunes y aceptados, aparecen como elementos residuales, fácilmente asimilables por el integrismo y el escatologismo de masas (ni la TL tiene ningún inconveniente en adoptar formas rituales de la Macuma o la Santería, ni el integrismo islámico le hace ascos a atavismos fetichistas, por demás preformados en los propios ritos coránicos, ni el integrismo protestante americano ha renunciado aún a sus shows taumatúrgicos que ahora emite por TV), los movimientos místicos y esotéricos tienen, por lo demás, una larga tradición en Occidente (desde los rosacruces hasta Gurdieff, pasando por la tropo sofía de Steiner), siendo su única novedad en la pasada década el que saltaran del secreteo de los conventículos a los medios de comunicación de masas, por vía de los conciertos pop, y que atrajeran a la juventud, provocando la movilización de los padres integristas, que veían en ellas una amenaza a la familia tradicional.

Hoy en día, las sectas más jerarquizadas (Hare Krisha,Moon, Maharaj Ji) aparecen claramente estabilizadas, cuando no en pleno repliegue ("Niños de Dios"), o en franca crisis(Bhagwan Rajneesh), mientras las menos eclesiomorfas (Dianética, MT) difunden su mensaje bajo formas cada vez más tecnocratizadas y neutras. En cuanto a los más tradicionales sistemas de meditación surgidos del budismo y el hinduísmo (entre los que destacan el Zen y el Yoga), su carácter panteísta y su "neutralidad" religiosa los han llevado a confluir con ese difuso conglomerado macrobiótico-ecológico, que tan simpático resulta a las nuevas clases medias como alternativa global blanda al sistema de vida que impera en Occidente.

Pero, ni esta última alternativa, ni las cada vez más desprestigiadas sectas, ni el curanderismo y el satanismo marginales, ni menos aún la parapsicología vulgar y la seudorreli

giosidad OVNI disponen de fuerza suficiente para efectuar cambios reales. Movidos por el mismo afán de dar sentido a la perplejidad del hombre moderno y colmar las expectativas que el racionalismo laico no ha podido cumplir ni en lo político ni en lo cotidiano, carecen en cambio de un proyecto alternativo.

Algunas, con bastante fantasía, hablan de un "Gobierno Mundial de la Era de la Iluminación" (MT de Maharishi Yogui), o mantienen una "Cúpula", que espera para el año 2.000 la conversión de todos los gobiernos del mundo (Fé Bahai), pero se trata de meras fantasías sectarias. El proyecto de cambio que puede dar un giro religioso a la historia de la humanidad lo tienen hoy el integrismo musulmán, el fundamentalismo protestante y la TL. Y parece que su solución a los problemas del relativismo la injusticia modernos tengan que hacerse a costa de la privaticidad y la tolerancia tan costosamente conseguidos en los dos últimos siglos.